



2003 De cómo las cosas pueden llegar a compli-
carse de un modo inusitado.

El “MEDEJ” (cantos antiguos saharauis), un disco que venía acariciando desde hace tiempo y para el que por fin cuento en Madrid con las mejores voces femeninas.

El mal fario de unos policías franceses arruina una gira que prometía.

MEDEJ

Llevaba yo mucho tiempo esperando este momento, en el que coincidieran en Madrid las mejores voces del medej saharauí. Soy consciente de que falta Mahfud Aliyen, y que si tuviéramos aquí un par de poetas, sería mejor todavía. Pero ni Mahfud está en condiciones de viajar, ni los poetas van a dejar su ambiente en ningún momento. La alternativa de realizar la grabación en los campamentos es inviable económicamente. Porque se trata de eso, de grabar un CD dedicado íntegramente al medej, en las mejores condiciones posibles.

Cuento con Jeirana y Faknash, insuperables en estos cantos espirituales. ¡Y que a nadie se le ocurra sacarlas de ahí! ¡Imposible! Cuento con Shueta, que se defiende con un estilo más rítmico. Y, Mariem, una todo terreno sublime.

El plantel de músicos es el no va más: Nayim, Baba, Boika, Feku y Hamada Jatari, un hombre que se está dejando la piel en los campamentos y al que, por fin, puedo incorporar a una grabación de Nubenegra. Nayim va a cantar también, aunque nada que ver con Mahfud o Jalihena.

Efectivamente, no es un error, cuento con Baba Salama. Hace poco se presentó en la oficina y me dijo que se había divorciado. Su mujer se había ido a vivir a las Baleares y a su hijo lo cuidaba la abuela en Sevilla. Que él estaba liberado y que podía volver a actuar. Me alegré muchísimo.

Para la grabación, elegimos el estudio situado en la planta sótano de Axis, pues es mucho más amplio y podremos hacerla «en vivo» como si fuera un concierto. Estoy convencido que la mayoría de las canciones van a salir a la primera.

Sentadas en el suelo, en una sola fila, se colocan Faknash, Mariem, Shueta y Jeirana. Las tres primeras con un tebal cada una. Jeirana con el enorme *rassam*. Un poco más allá, también sentada en el suelo, está Aziza que hace palmas y, entre canción y canción, prepara el té.

Enfrente, siguiendo esta especie de semicírculo, se sitúan Baba, Nayim y Boika con guitarras eléctricas. Están sentados en sillas y a veces intercambian sus puestos. Los que mantienen su posición a lo largo de la grabación son Hamada, con la tidinit, junto a los guitarristas, y Feku, al bajo, separado del resto por la mesa de sonido.

Las cuatro wilayas están muy bien representadas en este grupo irreplicable. Abre decidida la sesión, Faknash con un primer medej de prueba para asegurar el sonido de voces e instrumentos. Hugo y su ayudante revisan todo con celeridad. En apenas cinco minutos, lo que dura la canción, está todo listo para la toma verdadera que sale impecable. Son las seis y cuarto de la tarde del 3 de junio de 2003, cuando respiro tranquilo pues sé que esto ya es solo cantar y grabar.

Las alabanzas al profeta se van sucediendo, sobre todo en las voces de Jeirana y Faknash desde su medej profundo. Un sonido arcaico con una sucesión de voces solistas y respuestas corales que arrancan caóticas pero que resuelven siempre el tema de un modo increíble. Normalmente estas canciones empiezan con una introducción tipo «La ilah il-lah lah...», invocación al altísimo con la que el cantante va centrándose en la gama y a continuación desencadena la canción en sí. Jeirana y Faknash no lo necesitan, entran directamente. Lo hacen desde niñas, desde que sus madres las llevaban a las sesiones de medej las noches de los jueves -víspera del día sagrado- y también en el día 27 del Ramadán, o con motivo de Aid El Kebir (la fiesta del cordero). Y siempre en el mismo ritmo: *charaa*.

Shueta utiliza ritmos más modernos, con un cierto swing. Y se permite textos como: «Mi corazón ha sido alcanzado por los dardos de mi amante, y en vez de sofocar mi ardor interno se ha convertido en el causante de mi sufrimiento».

Nayim está en otra onda. Canta de pie, tocando la guitarra eléctrica. Sus dos medejs giran en torno a la mujer: «Su belleza no es completa si no se ha perfumado». «Su canto es maravilloso, pero es astuta y muy difícil de seducir».

Mariem escoge también temas amorosos. En «Maimina», «al no poder gozar de un encuentro con su amante, un ojo escupe lágrimas y el otro, aún no gotea, pero está a punto de reventar». En «Aglana», confiesa que «debe abandonar a su amante, porque no le lleva por el buen camino». Pero se queja ante Dios de «lo difícil que va a ser a causa de su hermosura». Los mawales con los que abre estas dos canciones son bellísimos. Nadie la iguala y su generosidad no tiene límites. Hasta cinco mawales más regala a Nayim y a las otras tres compañeras para realzar sus canciones.

La segunda tarde de grabación, cuando ya estamos concluyendo la faena, Nayim y Baba me sorprenden. Han construido un pequeño instrumento cercano a la tidinit en su sonoridad, pero de caja circular, al que llaman *mijairis*, igual que el nombre del tema instrumental, en homenaje al conocido enclave saharauí, actualmente en territorio liberado. Una elegante composición interpretada por Baba al *mijairis* y Nayim a la tidinit.

En sólo tres canciones han sido necesarias segundas tomas.

NAR

Este está siendo un año muy complicado por la cantidad de proyectos en los que estamos metidos y por la incómoda situación en la que nos ha colocado Intuition y su cambio de rumbo. Yo, además, sigo determinado en dar a conocer las claves de la música saharauí. El disco sobre el medej es un buen ejemplo de mi empeño.

Sebastián Peña, hijo de Pedro Bacán -insigne guitarrista flamenco-, está haciendo prácticas en Nubenegra. Él y Nayim revisan todas mis cintas de vídeo saharauis y rellenan una ficha de cada canción o baile contenidos en ellas. Se entienden muy bien y estoy seguro que son documentos muy valiosos. Nayim, viendo lo interesado que estoy, se presenta un día con un manuscrito sobre el haul. No me lo esperaba y me hace mucha ilusión, máxime cuando Nayim no es amigo de muchos detalles. Está en árabe y solo comprendo sus dibujos. Seguro que a su debido tiempo verá la luz.

Otra de las valiosas aportaciones que hace Nayim a mis archivos sobre el haul es la grabación en vídeo de las escalas, los ritmos y las digitaciones en la guitarra eléctrica. Lo va explicando en hasanía, con detalle y una buena didáctica. Para redondear el trabajo, lo grabamos también con la guitarra acústica.

Él, personalmente, atraviesa un momento agrídulce. Está muy contento al ver su disco *Nar* en las tiendas. La presentación se hace el 27 de marzo en el Hebe, un local dedicado a la música heavy en el popular barrio de Vallecas (Madrid). Acompañado por Feku a la guitarra rítmica y Néstor Gutiérrez, de Huracán de Fuego, a los djembes, terminó ganándose a un público que no lo conocía en absoluto. El juego de luces del local lo convirtió durante el concierto en una estrella del rock.

Radio Círculo -del Círculo de Bellas Artes- le ha concedido el premio al mejor disco novel. Las críticas son muy buenas, pero Nayim tiene un problema: carece grupo fijo, lo que afecta las presentaciones que está haciendo, resultan erráticas. Por desgracia, dudo que con su carácter sea capaz de resolver la situación.

Z FESTIVAL DE JAZZ DE MOERS

Con Mariem, Shueta, Jeirana, Faknash, Aziza, Baba, Boika y Nayim.

En el *Womex 2002*, el *Festival de jazz de Moers* se interesa por Leyoad y en el transcurso de posteriores encuentros acordamos un concierto para 2003. El festival, donde se congregan en el mes de junio -por Pentecostés- los aficionados al jazz de Alemania y de toda Europa, se ha abierto a las músicas del mundo, para decepción de unos y alegría de otros. «Alrededor del Mediterráneo» es el lema sobre el que gira el programa que ha confeccionado su director artístico, Burghard Hennen; a diferencia de otros, un profesional muy comunicativo .

Manuel comenta a los saharauis que a principios de los años noventa acompañó a la banda de jazz Clónicos a este festival. Como director de Ediciones Cúbicas, había editado su CD, *Copa de Veneno*, en 1990, con el trompetista Markus Breuss y el saxofonista Pelayo F. Arizabalaga. El festival, en la frontera con Holanda, poco conocido en España, le había encantado.

Yo estoy impresionada por la grabación dedicada al Medej. La más intensa, vibrante y rápida que he vivido nunca, donde cada tema, me deja muda de asombro.

Cuando llegamos a Moers y nos meten, a mí y a las otras cinco mujeres, en una habitación parecida a la de un albergue juvenil, con ocho literas, y a los tres hombres en otra, todos nos quedamos contrariados y yo maldigo a Manuel por no habernos puesto al corriente de lo que nos esperaba.

Las mujeres me dejan allí plantada y desaparecen para ir a tomar un té en la habitación de los hombres, que tiene menos camas y más espacio. Los entiendo, pero parecen olvidar que yo me encuentro en la misma situación.

No obstante, poco a poco se involucran en el festival.

Durante el concierto de la banda de jazz que nos precede, se prepara detrás del escenario una tarima para las percusionistas y cantantes del coro que se colocará durante la prueba de sonido. Las mujeres permanecen sentadas, sorprendidas ante el ajetreo a su alrededor. Espero que Baba les haya dicho que en el escenario solo tendrán diez minutos para controlar que funcione todo.

Cuando los instrumentos y el piano de cola del grupo anterior se retiran del escenario, empezamos la prueba de sonido con los guitarristas, se coloca la tarima y se montan los micros para las voces. Ahora ya, las mujeres entienden las indicaciones de los técnicos de sonido perfectamente. Y, tras ajustar en un momento todos los instrumentos y la voz de Mariem, se da la señal desde la mesa de sonido para el inicio del concierto.

Los guitarristas empiezan a tocar y cuando, desde la tarima, las cinco mujeres les siguen con sus teales, cantan con tal fuerza que las guitarras parecen apagarse, el público se pone en pie. Una vez más, me absorbe el espectáculo, por la fuerza primitiva de los cantos y el juego de tambor de las mujeres.

El medej, con reminiscencias de blues, y la carismática voz de Mariem, acompañada por tres guitarristas, conquista también a los fans del jazz. Jeirana, que toca el *rassam* con un *mungary* y mueve su mano cual si estuviera bailando, expresa espontáneamente su agradecimiento al público con un majestuoso baile.

A la mañana siguiente, en el trayecto hacia el aeropuerto de Düsseldorf, desayunamos en una cafetería y todos me aseguran que el festival ha sido fantástico. Tengo que regresar a Kiel y me despido de ellos en el aeropuerto.

FRANCIA 2003

Me preparo para la segunda gira francesa. No me hace mucha gracia irme solo, voy a echar de menos a Zazie, ella está en idéntica situación, acompañando al Septeto Santiaguero de gira en Alemania. Por delante, kilómetros y kilómetros conduciendo.

do una furgoneta, primero vacía y luego atiborrada de personas y equipaje. No me queda otra, debo hacerlo. Me consuela que justo a la mitad de la gira, tras los tres primeros conciertos, se incorporará mi amigo Matthieu Liégeois, hijo de Régine Villemont, la presidenta de l'Association des Amis de la RASD, y haremos juntos los tres conciertos restantes.

Francia me encanta. A los trece años mi padre me envió de improviso a una colonia de vacaciones en el área del Paso de Calais. Estuve allí dos meses, era el único niño español y así arranqué con el francés y con otras muchas cosas. Recuerdo que al entrar a comprar algo en una tienda se establecía de inmediato una especie de ceremonia de saludos y preguntas un tanto teatral. Me defendía muy bien con el francés y me lo pasaba en grande. Como si hubiera protagonizado una escena en una imaginaria película.

El caso es que debo salir cuanto antes rumbo a Barcelona. Por fortuna, aunque debo cruzar media España y hacerme el Tour de France, es todo autopista. En Sabadell, en casa de Mariem, me espera ella con sus dos guitarristas, su hermano Boika y Baba Salama, y con las cinco mujeres que han debido llegar ya de los campamentos. Cuatro de ellas forman parte de lo mejor de la música tradicional saharauí. Ya las conocemos: Jeirana Embarek y Faknash Abeid, Shueta y Tarba Bibo.

La quinta es toda una incógnita. ¿Cómo la habrá dejado viajar la familia? Cuando vi su nombre en la lista de las que venían de gira, no daba crédito a mis ojos: Naha Salec. La preciosa muchacha de Dajla de *A pesar de las heridas*, con esa voz tan cristalina como su mirada, a la que su padre movía en brazos, pues de niña una polio dejó sus piernas maltrechas. ¡Bienvenida sea! Por estas latitudes no hay arena, su peor enemiga. Y si tengo que moverla en algún momento en brazos, lo haré encantado.

Tras cerca de 650 kilómetros, llego muy animado a la casita que este año Mariem y Bachir han alquilado en la calle Fátima de Sabadell. Es su primera residencia permanente en España. Una planta baja como gusta a los saharauis. Humilde pero acogedora.

Saludos, abrazos... y el primer chasco. No veo a Naha por ninguna parte. Bueno, con las muletas, estará descansando en algún lado. Sin embargo descubro una cara desconocida.

—¿Y esta quién es? —pregunto.

—Naha, Naha Salec —me responde Mariem con cara de circunstancias—, la hija de la ministra, de Mariem Salek.

¡Buah! pienso, ¡ya me la han jugado!

En fin, «yalla, yalla», que tenemos que dormir en Francia.

Cargamos todo, nos despedimos de la familia de Mariem y salimos hacia la frontera, Figueras, La Junquera, Le Perthus. Cruzamos los puestos fronterizos sin problema ninguno, vía libre, estamos en Francia. Empieza a llover. A los 30 o 40 kilómetros, diluvia, y en ese momento dos motoristas de la policía francesa nos paran y piden los pasaportes. Revisan el mío, mi permiso de conducir y los papeles del coche alquilado. Los de las cinco mujeres que vienen de Argelia; todo bien, sus visados en orden. Pero con la documentación de Mariem, Baba y Boika, no están de acuerdo. Nos obligan a dar la vuelta y regresar a la frontera.

En el puesto fronterizo francés, nos tienen esperando mucho tiempo. Empiezo a preocuparme seriamente. Mariem y Baba tienen los pasaportes en vigor, pero las tarjetas de residencia están caducadas. Enseñan los resguardos de la renovación, no les hacen ni caso y nos tratan con displicencia. Lo de Boika es mucho peor, tiene su pasaporte caducado y no me ha dicho nada. No podemos seguir. La policía nos devuelve a España. En el puesto fronterizo español me sugieren que lo intente por otro paso fronterizo, por si tengo más suerte. Me quedo perplejo.

Busco un teléfono público y llamo a Régine. Le expongo la situación y me dice que va a hablar con el alcalde de Confreville-l'Orcher y que la vuelva a llamar en unos minutos. Finalmente, Régine me dice que lo tienen todo preparado y que el concierto debe realizarse aunque sea sin Mariem. Total, que nos vamos para La Junquera y buscamos un hostel donde pasar la noche. Ya es muy tarde.

CONFREVILLE

Nos levantamos temprano. No hay reproches que hacer. Les doy dinero para que los tres se vuelvan a Sabadell. Hemos perdido unas horas preciosas y empiezo a darme cuenta del lío en el que estoy metido. Lo primero es llegar a tiempo, sé que es en Confreville, sin embargo aún no me han informado del lugar en el que se celebra el concierto. Parece que quieren darnos una sorpresa. La sorpresa se la vamos a dar nosotros a ellos.

Viajo con cinco mujeres saharauis. Solo hablan hasanía. Ni castellano, ni francés. Cuatro son muy buenas, las mejores. Y llevamos 4 tebales, genial. Afortunadamente nos queda el medej como último recurso. ¡Adelante! ¡Vamos!

Cerca de Confreville, con la hora del concierto encima, vuelvo a preguntar:

—¿Pero dónde es?

—Tranquilo —me contestan— sólo tienes que entrar en la ciudad.

Al entrar, me topo con un indicador en forma de flecha, que parece llevar allí toda la vida: «*Spectacle Mariem Hassan*». ¡Bravo! y yo sin Mariem. Y, cuando sigo adelante, una serie de pancartas cruzando la calle me señalan la ruta.

Nos reciben cariñosamente. La ciudad está hermanada con una daira de los campamentos, conocen a los saharauis y saben de los problemas de los refugiados.

Organizo un programa y más o menos las mujeres lo entienden y lo siguen. Solo calentar un poco los tambores con un foco, colocar micros de voz y de percusión. Las cinco en una fila, sentadas en el suelo, frente al público. Según van pasando los temas una de ellas se levanta y baila. Menos Naha, en una esquina, haciendo como que hace algo.

Régine se interesa por cómo ha salido el concierto y yo la tranquilizo.

LE MANS

En Le Mans tocamos el año pasado. Ahora encontramos carteles por la calle, anunciando el concierto con la foto de Mariem. Les tomo varias fotos a las chicas junto al cartel, para recuerdo de Mariem. Aquí estamos más tranquilos. Sabemos que podemos hacerlo muy bien. Cuando ellas se sumergen en el medej la concentración es máxima y lo dan todo. Yo salgo muy orgulloso de la función, exultante de la categoría de las cuatro mujeres y de cómo han respondido al desafío: mantener al público de un Palacio de Congresos de una ciudad como Le Mans, durante una hora cantando y bailando al sonido único de los tebales. Lástima que el responsable de la sala me paga solo la mitad de los honorarios porque falta Mariem. Nadie es perfecto.

Me queda París, donde encontraré a Régine y Matthieu y todo será ya más fácil. Así podré relajarme un poco. En el lugar donde debemos tocar se está celebrando la *EUCOCO* de este año. Se trata de la reunión anual de las ONG de todo el mundo que apoyan al Polisario y la causa saharauí. En ella se marcan las estrategias futuras además de pasar revista a lo realizado en los últimos 12 meses. Es decir, se toma el pulso de la situación de todo el movimiento pro-saharauí a la vez que se pueden intercambiar experiencias y establecer dinámicas de trabajo para ir consiguiendo los objetivos marcados.

PARÍS

De hecho, el concierto está programado como clausura de la *EUCOCO 2003*, en un polideportivo de Vitry Sur Seine, donde tiene lugar el evento, en los alrededores de París. Cuando llegamos, el congreso ha terminando y los congresistas están locos por escuchar al grupo y decir adiós hasta el año que viene, que se celebrará en otra ciudad de otro país.

El Palais des Sports es el típico local con una acústica muy poco indicada para la música, pero como hay prisa, dejo a las mujeres en los vestuarios convertidos en

camerino, para que se pongan sus ropajes tradicionales, sus abalorios y se maquillen. Yo me salgo con los tambores y los voy colocando en orden en el escenario y compruebo que cada micro suena. Poco más puedo hacer.

Al entrar me encuentro con una escena dantesca. Veo a Jeirana caída en el suelo en medio de un charco de sangre. Las otras cuatro mujeres lloran desconsoladas a su alrededor conteniendo el grito.

—¡Un niño!, ¡un niño! —me dan a entender.

¡Cómo no me he dado cuenta antes! Todo el viaje conmigo y ayer Jeirana bailando alegre en el concierto y hoy así. En ese momento llega el responsable de cultura del Ayuntamiento preguntando:

—¿Por qué no sale el grupo a actuar? La gente se impacienta.

Estas últimas palabras no se las escucho pero me las imagino.

—Pero ¡no lo vé!, ¡está dando a luz!

—¿Y el grupo?, ¿va a actuar o no?

Se lo trato de explicar a las mujeres, mientras Jeirana se retuerce de dolor en el suelo.

Me dicen que sí, que actuarán en cuanto se lleven a Jeirana al hospital.

El concejal avisa a los bomberos que llegan al poco y se la llevan. Está claro que no es un parto, es un aborto. Pero el concejal sale al escenario, coge un micro y proclama:

—Queridos compañeros, tengo el gusto de anunciar que acaba de nacer un saharai en Vitry sur Seine. Enseguida empieza al concierto.

Yo trato de consolar a las cuatro mujeres que, a su vez, tratan de consolarme a mí. Por descontado, esa tarde no grabo nada y el concierto se reduce a poco más de media hora. ¡Demasiado! ¿Qué más pueden querer del grupo?

Debemos localizar el hospital y saber cómo está Jeirana y la criatura. Cuando llegamos, afrontamos la realidad: el niño ha nacido muerto. Las mujeres se abrazan entre sí de dolor. Hablo con la encargada de las urgencias y me dice que la madre está bien pero que como padece hipertensión quieren hacerle un control de los órganos vitales por si alguno está dañado. Nos pide que nos vayamos, porque allí no hacemos nada, y me dice que puedo volver por la mañana para informarme del resultado de la revisión.

Nos vamos al alojamiento que nos han reservado, en la noche más triste de París. Las mujeres están destrozadas. No hay lágrimas para tanto dolor. La ministra, Mariem Salek, la madre de Naha, que ha asistido a la *EUCOCO*, viene a visitarlas. Luego me encuentro con Régine, que está desolada, y con Matthieu, que me dice que no se atreve a seguir con la gira y que cancele los tres conciertos que quedan.

A la mañana siguiente, en el hospital me espera la gerente. Me informa que todo está bien, que puede darle el alta si ella se queda una semana en París, descansando con alguna familia saharauí. Le digo que sí, pago y nos vamos.

Naha se queda con su madre, era de esperar. Las demás mujeres se ocupan de Jeirana, que se mueve lentamente. Me dicen que con Jeirana se ha quedado toda la noche, haciéndole compañía, una mujer marroquí casada con un saharauí que vive en París. Y que la estuvo visitando Mohamed Sidati. Jeirana no quiere saber nada de París y me pide que la lleve a casa de Mariem, que allí descansará.

Dejamos París atrás con el coche en silencio. Debo encontrar un hotel donde pernoctar. Como por encanto, aparece un Etap Hotel con habitaciones en planta baja, ideal para que Jeirana pueda instalarse y descansar un poco.

Al día siguiente, carretera y carretera, parando sólo para comer. Llegamos donde Mariem al atardecer. Otra vez se desbordan los sentimientos.

Estoy tranquilo porque Jeirana no ha tenido ningún contratiempo. Mariem me transmite el pesar de Jeirana por haber escondido el embarazo. Ella ha tenido ya dos abortos antes y quería que este hijo naciera en Europa. Creía que podría hacer toda la gira y luego quedarse en su casa para dar a luz. Yo le contesto que con las melfas y las ropas tradicionales, con las faldas blancas tan abultadas, no me he podido dar cuenta del embarazo. Si llego saberlo, ella se queda en Sabadell y no viene con nosotros de gira.

Para restar trascendencia a tanto drama, propongo tomar unas fotos de todas ellas juntas antes de salir para Madrid. Mariem se sorprende de que no me quede a cenar, pero yo le digo que bastante tiene ella con ocuparse de Jeirana y las demás. Salgo para Madrid y prometo llamarla cuando llegue. Son más de 600 kilómetros y de noche. Dudo si seguir, pero si me busco un hostel, no voy a dormir nada, y mañana voy a estar aún más nervioso que hoy. Todo es autopista y a estas horas hay poca circulación.

Mientras empiezo a sentir calambres en las piernas y sigo haciendo locuras, me acompaña un solo pensamiento. ¿Si yo hubiera frenado bruscamente y luego ella hubiera abortado, cómo borraría la culpa de mi mente? Me consuela, que en el viaje hasta París no he tenido ningún incidente con la furgoneta, ningún volantazo, ni nada por el estilo.

Jeirana, desde Dajla, viajó más de seis horas por pistas del desierto, en las que ahí sí que hay de todo. Luego volé de Tinduf a Argel y de Argel a Barcelona. Y más de mil kilómetros de furgoneta hasta París, con el mal trago de la frontera y esos conciertos heroicos. Estaba de ocho meses. Echo cuentas... ¡Cuando grabamos el disco de medej y actuó en Moers ya estaba embarazada!